

At its best, philosophy has named a space, within the university and the broader culture, where a society can attain a kind of distance from itself - room to question, dispute, reflect, speculate, dissent. Its suppression is an unequivocal signal of a profound intolerance toward any intellectual activity that is not entirely reducible to the functional and the operational, to the unrelenting imperatives of profit and power. It is dispiriting to hear that in Chile - a country that has long suffered the ravages of exploitation and domination, but which has also been the arena of inspiring resistance to the violence of neoliberalism, both armed and unarmed - the teaching and learning of philosophy is under threat. That a powerless practice can cause such discomfort to the powerful, that a 'useless' pursuit can so unsettle the intransigent instrumentalism of our political classes, is all the more reason to defend it unconditionally - not as some pure endeavour for disembodied elites but as a critical and collective practice that finds shelter and form in the institutions of philosophy, but which also has a rich, if fragile, existence across the culture. If 'live without ideas', as the French philosopher Alain Badiou has suggested, is the slogan of our status quo, then giving life to ideas, especially ideas about how we can live otherwise, is the imperative for those who can glimpse behind the fear and contempt for philosophy the fear and contempt for criticism and critics, thinking and thinkers, the quiet hatred for the intellectual capacities and creativity of citizens whom our governments would prefer to reduce to docile servants, clients and consumers.

Alberto Toscano, co-director Centre for Philosophy and Critical Thought, Goldsmiths, University of London

La filosofía, en su máxima expresión, señala un espacio, en la Universidad y en la cultura en general, donde la sociedad puede ponerse a una cierta distancia de sí misma –un lugar para el cuestionamiento, la disputa, la reflexión, la especulación, el disenso. Suprimirla es un signo inequívoco de profunda intolerancia hacia cualquier actividad intelectual que no se reduzca totalmente a lo funcional y operacional, a los implacables imperativos del lucro y el poder. Es desmoralizante escuchar que en Chile –un país que ha sufrido largamente los estragos de la explotación y dominación, pero que también ha sido el lugar de una inspiradora resistencia ante la violencia del neoliberalismo, tanto inerme como armado– la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía está bajo amenaza. Que una práctica impotente pueda causar tanta incomodidad al poder, que una “inútil” búsqueda pueda inquietar de tal manera al instrumentalismo intransigente de la clase política, es la razón más grande para defender su incondicionalidad –no como un puro esfuerzo para las élites des-corporalizadas, sino como una práctica colectiva y crítica que encuentra abrigo y forma en las instituciones de la filosofía, pero que también tiene una rica, acaso frágil, existencia en la cultura. Si “vivir sin ideas”, como dice el filósofo francés Alain Badiou, es el slogan de nuestro status quo, entonces dar vida a las ideas, especialmente a las ideas sobre cómo vivir de otra manera, es imperativo para quienes pueden ver tras el miedo y el desprecio por la filosofía, el miedo y el desprecio por el criticismo y los críticos, por el pensamiento y los pensadores, el silencioso odio por las capacidades intelectuales y la creatividad de los ciudadanos, a quienes nuestros gobiernos preferirían reducir a dóciles sirvientes, clientes y consumidores.

Alberto Toscano, co-director Centro para el pensamiento filosófico y crítico, Universidad de Goldsmiths, Londres